

sores, el único ser capaz de comprenderlo, es un poeta lejano que vive en París. Franz Kappus le envía sus ensayos pidiéndole que los juzgue, junto con una larga carta escrita al correr de la pluma, donde le habla de su tedio y rebeldía entre la ciega rutina del colegio, de su angustia consiguiente a su falta de comunicación con los seres humanos, de los impulsos y desfallecimientos de creación poética que brotan alternativamente en la soledad de su alma. «Me abrí a él por completo, como nunca lo había hecho hasta entonces, como no volvería a hacerlo jamás».

Aquí comienzan las diez cartas de Rilke. Kappus ya no agrega una palabra. «Cuando un príncipe se dispone a hablar —concluye—, debemos permanecer en silencio».



La contestación a su carta parece tener por objeto aumentar la perplejidad del poeta novel. Rilke lo induce a sacar se su inquietud el mayor partido posible, a fin de llegar en esta forma a superarla. «La creación artística sólo es valedera cuando surge de una necesidad», dice. «Usted me pregunta si sus versos son buenos. Su mirada está vuelta hacia fuera. Y eso es lo que usted no debe hacer. Nadie puede aportarle una ayuda o un consejo. Nadie. Entre en usted mismo, indague el impulso que lo lleva a escribir. Examine si sus raíces brotan de lo más hondo de su corazón. Confiélese usted mismo: ¿moriría si me prohibieran escribir? Esto, sobre todo, pregúnteselo en la hora más silenciosa de su noche: ¿estoy verdaderamente obligado a escribir? Si la respuesta es afirmativa, si usted puede hacer frente a una tan grave pregunta por un rotundo y simple: 'debo', entonces construya su vida de acuerdo con esta necesidad».

He aquí la ruta que Rilke le traza. Para construir su vida ha de encontrar dentro de sí los gérmenes fecundados que le permitan desarrollarla hasta la plenitud. Escuche su voz interior, alimente sus problemas, familiarícese con ellos. Poco a poco comenzarán a despejarse. El hombre en busca de su destino choca necesariamente con la dificultad, es decir con el dolor, en tanto la dificultad se vence. Y el dolor, así considerado, constituye el germen más fecundo. «Para todas las cosas existen soluciones fáciles (convencionales), las más fáciles de las soluciones fáciles. Está claro, sin embargo, que debemos atenernos a lo difícil. Cada ser se desarrolla y se defiende según su modo propio y obtiene, a todo precio y contra todo obstáculo, esa forma única que es su yo». Ahora bien: la difícil búsqueda de sí que Rilke propone al joven poeta, hasta dar con los manantiales secretos que habrán de regar y fecundar su vida, no necesita de la soledad como de un complemento indispensable.



Nietzsche medía el valor de un hombre por la cantidad de soledad que es capaz de resistir. El hombre infiel a su destino se vuelve medroso y teme los instantes de absoluta sinceridad consigo mismo. El universo posee un ritmo al cual debemos ajustarnos desde temprano. Este ritmo late dentro de cada ser y únicamente puede percibirse en medio del silencio. Cuando lo hemos infringido, la soledad y el silencio se alzan frente a nosotros, adustos e insoportables como jueces. Nos enrostran las posibilidades desbaratadas, las horas dispersas... ¿En qué empleamos esa sucesión de horas breves y preciosas que constituyen nuestra vida? ¿En qué empleamos nuestra vida, verdadera «escuela de príncipes», como la llamaba Novalis? Cada hora era una flor cuyo perfume convenía a nuestra miel. Nos invitaba a penetrar en ella y a progresar en nosotros, a dar un paso hacia adelante en la senda del perfeccionamiento individual. Pero no escuchamos el llamado de las horas y preferimos sofocarlo en la disipación, en la frivolidad, en la inercia, en espectáculos de una vaciedad nauseabunda, en largas charlas inútiles con antiguos amigos a los cuales nada tenemos que decir. Y hemos conseguido que nuestra soledad se pueble de fantasmas en forma de recriminaciones. Ahora huimos de ella más que nunca. Más que nunca necesitamos del ruido artificial que llega de afuera, e incluso lo bendecimos cuando nos ensordece hasta el extremo de procurarnos breves momentos de calma, durante los cuales creemos no oír la queja que mana de nosotros como un reproche ininterrumpido.

Sin embargo, esta queja asume en ocasiones acentos tan punzantes que una piedad insospechada parece desbordar y romper, por primera vez, los moldes individuales. El silencio deja de juzgarnos, abandona su actitud hostil, nos echa en cara tiernamente que arruinemos nuestra vida. Y así como a través del reproche de una madre comprendemos que otra vida distinta –su propia vida– se halla en juego mezclada a la nuestra, así el hombre, ante el mal voluntario infligido a sí mismo, comprende que este mal no repercute exclusivamente sobre él. Repercute en algo más vasto, superior al hombre. Vulnera el sentido inmanente que reside en todo el universo, del cual el hombre forma parte.



Las contestaciones de Rilke nos permiten reconstruir las cartas de Franz Kappus. Kappus atraviesa por una de esas crisis características de la adolescencia, durante las cuales el joven, desmembrado de sus semejantes y al parecer olvidado de la mano de Dios, se debate en medio de las angustiosas preguntas del espíritu, del alma y de la carne, buscando para las tres preguntas una respuesta que no le llega de ninguna parte. Y Rilke lo incita a que no reniegue de la soledad y la considere como el estado preliminar e insustituible a toda profunda solidaridad humana. «Si usted

siente que su soledad es grande, regocíjese. ¿Qué sería una soledad que no fuese una gran soledad? Casi todos conocemos horas que cambiaríamos voluntariamente por un trato cualquiera, aun trivial y mediocre, por la apariencia del menor acuerdo con el primer venido, aún el más indigno... Pero quizás esas horas son precisamente aquellas en las cuales crece la soledad, y su crecimiento es doloroso como el crecimiento de los niños, y triste como los últimos días del invierno, antes de que llegue la primavera... No se inquiete. Una sola cosa es necesaria: la gran soledad interior. Pasear dentro de sí durante horas y no encontrar a nadie».

En las cartas sucesivas Rilke desarrolla el tema de la soledad. Cual envolventes oleajes de música, sus períodos se hacen cada vez más amplios, más conmovedores. Sus conclusiones, más osadas. Mediante la contemplación asidua de su yo íntimo, el individuo toma posesión del vínculo que lo liga, a través de cosas y seres, con el universo. Su evolución se cumple y de allí nace un nuevo resplandor. Las mismas tentaciones por salir de su soledad pueden ayudar al hombre, si sabe utilizarlas en la reflexión y la calma, como un instrumento para extender esta soledad a un país todavía más rico y distante. «Es bueno estar solo porque la soledad es difícil, y que una cosa sea difícil debe ser una razón para persistir en ella. Es bueno amar porque amar es difícil. El amor de un ser humano por otro es la prueba más ardua para cada uno de nosotros, el más alto testimonio de nosotros mismos. Los jóvenes no saben amar todavía: deben aprender. Y todo aprendizaje es soledad, porque es una época de reclusión, de clausura». ¿Y las tristezas? «Las únicas tristezas malas y peligrosas son las que se transportan a la multitud para que las cubra. La tristeza entra en nosotros como un desconocido. Mientras más silenciosos, pacientes y recogidos estamos en nuestra tristeza, más eficazmente se introduce. Acaba por convertirse en la carne de nuestro destino y nos mantiene estrechamente ligados a él hasta que el destino se escape de nosotros para cumplirse, es decir para proyectarse sobre el mundo».

Se trata de atesorar el mayor cúmulo posible de riqueza a fin de aumentar el valor de nuestra entrega. La soledad, en el concepto de Rilke, es «trabajo, jerarquía y oficio».



Rilke se refiere apenas a los versos del joven poeta. En la primera carta comprueba que no evidencian una manera propia; contienen gérmenes tímidos de personalidad. En la carta séptima le adjunta, copiado con su letra, un soneto que Kappus posteriormente le remitió. «Lea estos versos como si fueran de otro —escribe—, y verá hasta qué punto le pertenecen».

Sí; Rilke no le habla al joven poeta de sus versos. ¿Qué podría decirle? «Nada hay peor que la crítica para abordar las obras de arte. Únicamente